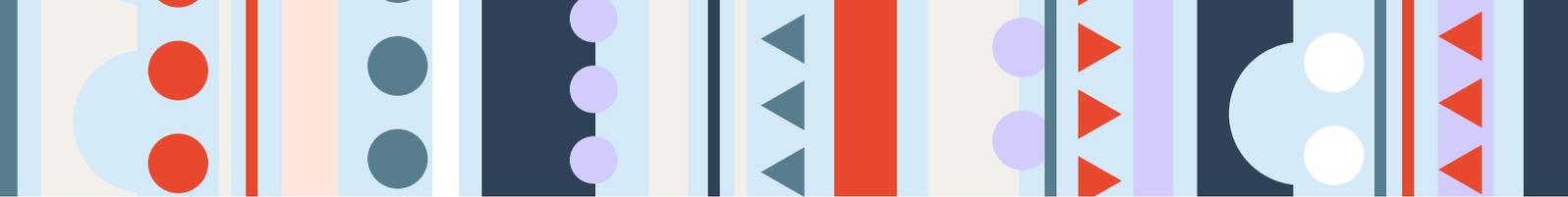


APROXIMACIÓN AL USO DE LOS CONCEPTOS DE REVISIÓN: HISTORIA FALSIFICADA E HISTORIA OFICIAL EN LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA

DOCUMENTO DE TRABAJO

Documento de trabajo para la elaboración del informe Educar al soberano: de las certezas de ayer a los dilemas de hoy. Un estudio sobre los alcances de la formación ciudadana en la escuela argentina.



Introducción

En la segunda mitad del siglo XX se tornó sentido común hacer referencia a conceptos tales como revisión, historia falsificada o historia oficial, atribuyéndolos a autores ligados a la corriente historiográfica revisionista.

La idea de revisión fue utilizada más allá de los límites de esta corriente historiográfica, adscribiendo a la misma a autores que diferían de la interpretación canónica.

El concepto de historia falsificada se unió sin más a la pluma de Ernesto Palacio, en base al título utilizado por este autor en una obra de fines de la década del '30.

La idea de historia oficial se utilizó como sinónimo de la versión escolar de la historia nacional o de las posiciones que en materia historiográfica sostuvo el liberalismo-conservador. Ese uso tuvo diversos desplazamientos semánticos, utilizándose, incluso, en tiempos de la transición democrática para nombrar una película que refería a dramáticas situaciones de nuestro pasado reciente.

El uso extendido de estos términos y su consiguiente naturalización los separó de sus orígenes, generalizándose su utilización abusivamente. De ese modo se perdieron el contexto y motivos de su emergencia original, así como las condiciones de posibilidad que facilitaron la circulación de un discurso de impugnación de la historia heredada.

En los estudios historiográficos el uso fue laxo. En ese ámbito, dando por sentado que esas calificaciones habían sido acuñadas por el revisionismo, se buscaron alinear a los autores previos como antecedentes o productores de los argumentos que luego integrarían la artillería de esa corriente.

Estas afirmaciones corrieron parejas a la reiteración del argumento por el cual la impugnación revisionista de los años treinta se dirigió a la tradición nacida de la obra de Bartolomé Mitre, asociando de alguna manera, historia oficial y mitrismo. Esta identificación fue cuestionada, de manera reciente, por las más actualizadas perspectivas de historia de la historiografía, como apuntaremos en el texto.

En lo que sigue, nos interesa trabajar y analizar la emergencia de estas categorías, sus usos, desplazamientos, apropiaciones y cambios semánticos.

Para este abordaje interesa responder a los siguientes interrogantes: ¿En qué contexto se dio la emergencia de los términos revisión, historia oficial e historia falsificada? ¿Qué relación guardaban estos conceptos con la historia producida por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López? ¿Qué usos hicieron de ellas los cultores de la Nueva Escuela Histórica? ¿Cuáles fueron las razones esgrimidas para plantear la necesidad de un proceso de revisión del pasado? ¿Cuáles fueron los procesos históricos concretos que provocaron la polémica y por tanto la utilización de esa terminología? ¿Quiénes fueron los autores nacionales y extranjeros que aplicaron esas categorías? ¿Qué usos se hicieron de ellas en relación a la creación de la Academia Nacional de la Historia y la institucionalización de la historia en tiempos de la restauración conservadora? ¿Cuáles fueron los argumentos esgrimidos para hablar de historia falsificada e historia oficial? ¿En qué obras y producciones se manifestaron esas impugnaciones? ¿Cuál fueron las reacciones frente a estas críticas?

Para ordenar la exposición recuperaremos los antecedentes conceptuales de la idea de revisión, historia falsificada e historia oficial. Buscaremos reconstruir sus itinerarios, para detenernos en sus usos posteriores. Por último, nos detendremos en los argumentos revisionistas y las primeras respuestas dadas a esas invectivas.

Las polémicas decimonónicas

Resultan conocidos los trabajos realizados por Mitre y Sarmiento en torno a la Galería de Celebridades argentinas, en el momento de la división entre Buenos Aires y la Confederación. De allí surgió la producción de Mitre sobre la figura de Belgrano, que fue dándole forma progresiva en sucesivas entregas hasta llegar a la versión definitiva de 1887. Fue presentada bajo el título *Historia de Belgrano y la independencia argentina* (Romero, 1967).

Alberdi, en un escrito que podemos fechar en torno a 1879, titulado “Belgrano y sus historiadores” emprendió la crítica de la obra de Mitre, tomando como base su tercera entrega. En otro texto, que con el tiempo

fue unido y quedó asociado al anterior, escrito hacia 1874, se encargó de discutir a la distancia con Sarmiento, en el opúsculo que llevó por título “Facundo y su biógrafo”.¹

Estos trabajos fueron integrados en el tomo V de los *Escritos Póstumos*, editados con posterioridad a 1895.²

En las páginas que Alberdi le dedicó a Mitre introdujo las categorías de historia oficial y de historia falsificada.

Así, decía:

No se puede ser a un mismo tiempo presidente de una república e historiador filósofo, pues el presidente no tiene ni puede tener la libertad del filósofo. Él no puede escribir más que una clase de historia, la historia para gobernar, la historia oficial, la historia según la voluntad general, según la opinión de los gobernados, es decir, de los que no estudian, y no según la propia opinión (Alberdi, 1962:21).

Cultor de un modelo de intelectual distanciado de la política y del poder, Alberdi desconfiaba de los ejercicios realizados por Mitre como gobernante - historiador (Terán, 2004:121). Además, “en el fragor del combate político apuntó a diferenciarse del ‘otro liberalismo’ encarnado en la clase gobernante porteña” (Terán, 1996: 28).

En otros tramos del escrito, Alberdi acusó a Mitre de

...falsificar la verdad de la historia, cada vez que nos es lisonjera, cambiar el sentido de los hechos, agradar lo que es chico, achicar lo que es grande, no es hacer un servicio al país y mucho menos a la instrucción de la juventud, llenándola de falsas noticias, para hacerla el ridículo del extranjero que ve las cosas con serenidad (Alberdi, 1962: 71).

En otros escritos, Alberdi siguió haciendo referencia a esa imposición:

En nombre de la libertad y con pretensiones de servirla, nuestros liberales Mitre, Sarmiento y Cía., han establecido un despotismo turco en la histo-

1 Por estas obras, Clifton Kroeber señaló a Alberdi como “precursor del naciente revisionismo” que hacía arrancar con Saldías (1965:20).

2 Para el itinerario de las ediciones sucesivas de las obras alberdianas puede verse con utilidad la contribución de Tarcus (2012).

ria, en la política abstracta, en la leyenda, en la biografía de los argentinos (Alberdi, 1899: 155).³

Otra veta de los escritos alberdianos explotada con posterioridad por los revisionistas fueron los vinculados a la denuncia de los efectos de la Guerra del Paraguay. Este proceso fue, junto con la re-consideración de la figura de Rosas, uno de los ejes de la impugnación de la visión del pasado de la historiografía de cuño liberal.

Las producciones históricas se sucedían, conforme a la distancia temporal con los años más enconados de las luchas civiles. Por ese tiempo se cumplían cincuenta años del fusilamiento de Dorrego. En su momento, había sido incluido en la galería de celebridades argentinas, aunque hasta el momento no había merecido un estudio sistemático. Mariano Pelliza y Adolfo Carranza dedicaron sendos ensayos a reparar su memoria (Devoto y Pagano, 2009: 55).

Tras hacerse de documentación y entrevistas a Rosas en Southampton Saldías publicaba los resultados de sus aproximaciones al caudillo bonaerense. Así en 1881 vio a luz su *Historia de la época de Rosas*. En el prólogo rozaba el concepto de historia oficial y hablaba de las “tradiciones fundadas en la palabra autoritaria que, atando el porvenir al presente, echa al cuello de las generaciones un dogal inventado por el mismísimo demonio del atraso” (Saldías, 1892:2).

En ese mismo momento nacía la literatura de reivindicación de los caudillos del interior que pasaban a ser considerados como patriotas por sus contribuciones en las luchas de independencia así como por sus contribuciones a la organización federal vigente. Fue el caso de Ramón Lassaga para Estanislao López (1881), Ramón Cárcano con Facundo Quiroga (1882), Clemente Fregeiro con Artigas (1886). En estos enfoques, la reivindicación de los personajes locales se combinaba, en general, con

³ Continuaba sus diatribas de este modo: “Los liberales argentinos son amantes platónicos de una deidad que no han visto, ni conocen. Ser libre, para ellos no consiste en gobernarse a sí mismos, sino en gobernar a los otros. La posesión del gobierno: he ahí toda su libertad. El monopolio del gobierno: he ahí todo su liberalismo. A fuerza de tomar y amar al gobierno, como libertad, no quieren dividirlo, y en toda participación de él dada a los otros ven un adulterio. La libertad de los otros, dicen ellos, es el despotismo; el gobierno en nuestro poder, es la verdadera libertad. Así, esos liberales toman con un candor angelical por libertad lo que no es en realidad sino despotismo: es decir, la libertad, la libertad del otro sustituida por la nuestra...El liberalismo, como hábito de respetar el disentimiento de los otros ejercido en nuestra contra, es cosa que no cabe en la cabeza de un liberal argentino. El disidente es enemigo; la disidencia de opinión es guerra, hostilidad, que autoriza la represión y la muerte” (Alberdi, 1899: 155-157).

una mirada hostil dirigida a Rosas, quien era considerado representante del centralismo porteño (Devoto y Pagano, 2009: 55).

Podemos considerar estas contribuciones como ejercicios vindicatorios de figuras locales, que habían sido anatémizadas por los estudios clásicos, en especial con las obras de Vicente Fidel López que tenían gran circulación. Este tipo de trabajos se proyectaron en intervenciones posteriores, que luego retomaremos.

Ernesto Quesada abordó el análisis de varias figuras del federalismo y en particular la de Rosas. En un viaje a Inglaterra junto a su padre, entre 1873-1875 había conocido a Rosas. Por el acceso al archivo privado de la familia de su esposa, pudo acceder a material privilegiado para la reconstrucción de la época. Se proponía dejar de lado los “odios de familia” que habían teñido las narraciones del pasado. En su afán historicista colocó la violencia como clave de explicación en la conducta de los bandos contendientes en las guerras civiles. Reconoció el papel de Rosas como creador del estado nacional argentino, parangonándolo a Luis XI de Francia, sin justificar sus excesos y rasgos autoritarios (Buchbinder, 2012: 139-160). Señalaba que los unitarios en su lucha contra Rosas habían inundado con escritos conteniendo versiones exageradas de los sucesos, por lo que “la leyenda asumió los caracteres de la historia”. Ello hizo que

caído Rosas, llegan al gobierno de Buenos Aires los personajes principales de la emigración: claro que no podían renegar de sus exageraciones de la víspera al día siguiente de la victoria; había que consolidar ésta, y para ello no sólo se ratificaron en todo lo proclamado y sostenido durante la época de lucha, sino que, comprendiendo la necesidad de justificar ante la posteridad las enormidades cometidas, principalmente el azuzamiento de las naciones extranjeras con la propia patria y su alianza innominada con el enemigo nacional, se lanzaron a sostener, con método, con brillo y con perseverancia la leyenda de la lucha como si fuera la historia verdadera. Varias generaciones se han educado oyendo repetir siempre la misma leyenda, y han concluido por creer en ella a pies juntillas, jurando **in verba magistri...** (Quesada, 1965: 14-15).

Resulta extraño que Quesada no utilizara los términos acuñados por Alberdi, teniendo en cuenta el trato próximo que tuvo con él y que dejó detallado en conferencias y escritos (Quesada, 1919). En notas

posteriores, siguió rozando la cuestión, aunque sin utilizar las categorías de historia oficial o falsificada.⁴

David Peña en sus clases de la Facultad de Filosofía y Letras del año 1903, luego recogidas en libro, sobre Facundo Quiroga apareció como rupturista en relación a las vertientes interpretativas del pasado. Tras abordar la figura y trayectoria de Sarmiento (a quien no trataba empáticamente) el autor reconstruía la actuación de Quiroga, buscando presentarlo como patricio comprometido con los ideales constitucionales y víctima de Rosas (Peña, 1986). En su argumentación, invertía los términos de la dicotomía sarmientina “civilización y barbarie” y cuestionando las formas de los adversarios de Facundo. Se trataba de una reivindicación. No de un proceso de revisión de los legados del pasado. En su prosa no encontramos el uso de ninguno de los términos que estamos considerando. También en este caso resulta extraño si tenemos en cuenta la relación de conocimiento y proximidad con Alberdi (Peña, 1965).

Como comentario del libro de Peña sobre Facundo Quiroga, Ingenieros le escribía, utilizando la idea de revisión:

Por los diarios de Buenos Aires he sabido el éxito de su Quiroga. Me interesa mucho; en mis escritos de crítica sociológica argentina (que seguramente usted no conoce) me he manifestado siempre partidario de la revisión del proceso histórico a Rosas, Quiroga y los federales, difamados durante medio siglo por los escritores unitarios(1906, AANH, FDP, c. 1,).

El historiador cordobés Francisco Silva, radical yrigoyenista y católico, de orientación hispanista, incursionó con trabajos críticos en torno a la Primera Guerra Mundial (Escudero, 2018). Criticaba la historia recibida de este modo:

sabemos por experiencia lo duro y triste que es hallar falseada la historia nacional, queremos que la generación nueva reciba una genuina y verídica versión de la historia argentina, y a ello, aunque sólo en una parte de nuestra historia, consagramos este libro (Silva 1916, p. 22)

⁴ Al publicarse nuevamente el libro, con motivo de sus veinticinco años, decía que fue “considerado una verdadera herejía doctrinaria, pues iba en contra de la opinión consagrada en todas las esferas de la vida nacional, en los debates parlamentarios, en los actos de gobierno, en la organización de la enseñanza, en la prensa periódica, en los libros y folletos de los publicistas, en los textos escolares y aun en el consenso familiar, todo lo cual consideraba a la tiranía como la encarnación de una época nefata, víctima de un verdadero monstruo neurótico, y de la cual mejor era callar, pues se la atribuían todos los excesos imaginables. De esa manera se borraba un cuarto de siglo de la historia nacional”(Quesada, 1965:8).

Situaba entre los personajes difamados por una versión histórica de filiación mitrista a los caudillos provinciales Bustos y Quiroga en Argentina, a Artigas en Uruguay, a las figuras de Gaspar Rodríguez de Francia y de Carlos Antonio y Francisco Solano López en Paraguay y los hermanos Carreras en Chile:

Con la conciencia de la personalísima posición que adoptamos renunciamos a ser un sa-télite más de una política desafortunada, y sobre todo de una historia amañada que desargentina a la nación. Los pueblos del interior argentino deben volver por sus fue-ros, reconquistando para sus hombres el mérito que ellos mismos se forjaron día por día, durante sus vidas ejemplares. El gobernador Bustos y el gran Facundo no pueden seguir apareciendo como bandidos y trogloditas; es imposible que el doctor Francia y Solano López, los ilustres paraguayos, continúen apareciendo como bárbaros tiranuelos; tampoco los chilenos Carreras como vulgares adocenados (Silva 1916, p. 13).

La tarea reivindicativa de Silva, no se detuvo allí. En 1916 publicó un nuevo libro, con un sugestivo título: *El libertador Bolívar y el deán Funes en la política argentina (revisión de la historia argentina)* (Silva, 1916).

Otro radical destacado de la época fue Dardo Corvalán Mendilaharsu, quien centró sus críticas a la historiografía fundacional con la reivindicación de la figura de Rosas. El autor desplegó sus argumentos en la revista *Nosotros* y en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* en los años que siguieron al centenario de la Revolución de Mayo, recibiendo el espaldarazo de Estanislao Zeballos, responsable de la publicación. El conjunto de sus trabajos fueron recopilados en los libros *De la época de Rosas* (1913), *Sombras históricas* (1923) y *Rosas* (1929).

Ecós regionales

En tiempos del modernismo, cuando se configuraba una comunidad ideal en torno a las producciones de los autores latinoamericanos, la cuestión trascendió las fronteras nacionales y se registraron otras intervenciones.

Se trató de la circulación en un escenario regional de perspectivas que se hacían eco de los planteos alberdianos o que comenzaba a poner en cuestión las versiones del pasado heredadas del siglo XIX.

No estamos en presencia de un movimiento homogéneo, si bien las obras tenían algunos puntos en común, en cada caso expresaban experiencias singulares.

En Uruguay, Luis Alberto de Herrera analizó la Guerra de la Triple Alianza en diversos trabajos (*La tierra charrúa* de 1901 y la *Diplomacia Oriental en el Paraguay 1908-1911*), definiéndola como “el crimen internacional más grande que se haya consumado en América del Sur”, denunciando los efectos devastadores del conflicto para Paraguay, su desmembramiento territorial y, a nivel regional, la ruptura del equilibrio político del Río de la Plata. Ello fue acompañado de gestos tales como negar el homenaje a Mitre tras su muerte en 1906, cuando se desempeñaba como diputado nacional por el Partido Blanco. Esas perspectivas se estabilizaron en el libro *El drama del 65, la culpa mitrista* (1926) en el que junto a esos efectos realizaba una recuperación favorable de la figura de Solano López. La denuncia de los estragos producidos por Mitre en la historia real y en la historiografía resultaron el eje de estos trabajos:

Rota está la tiniebla. Ni la victoria dura, ni sus despiadadas consecuencias, ni los gastados himnos oficiales han podido detener el desagravio, que crece en extensión. Las nuevas generaciones no aceptan como infalible el concepto tendencioso que un núcleo de la anterior cristalizara y, apenas su investigación sincera ensaya el estudio de la terrible y compleja tragedia, brotan revelaciones inesperadas, que alteran radicalmente los dichos usuales (Herrera, 1926:10).

El gesto de rechazo al homenaje a Mitre de 1906, provocó un nutrido intercambio epistolar con los iniciadores paraguayos del movimiento de reivindicación lopista. En particular con el historiador Juan O’Leary, figura central por décadas de ese movimiento. En una carta de este último a Herrera aparecen los motivos, el concepto de “falsificación” y la recuperación de Alberdi:

No estamos, pues, solos. Surgen los compañeros de lucha y la verdad se va abriendo paso. [...] La historia del Río de la Plata, falsificada por los argentinos, tendrá que rehacerse completamente. Y cuando las cosas del pasado ocupen su lugar veremos a lo que quedan reducidos los grandes simuladores porteños que durante medio siglo han dictado leyes a nuestra conciencia. El porvenir es para los calumniados de hoy, el porvenir es para Alberdi, y es para su ilustre padre, y es para López, para todos los escarnecidos del

presente, que cayeron por un ideal patriótico y humanitario, superior a la pequeñez de su tiempo (Carta de O'Leary a Herrera, 28 de agosto de 1913).

Otra figura central dentro de ese movimiento de ideas fue Rufino Blanco Fombona, escritor venezolano que entró en relación y correspondencia con los citados Silva, Herrera y O'Leary. Desde su ubicación en París y luego en Madrid, comenzó a difundir obras de escritores americanos que se aproximaban a la historia regional con otros criterios. Desde la Editorial América publicó títulos en la "Biblioteca de la juventud hispanoamericana" que tenían el claro propósito de polemizar sobre las figuras y procesos del pasado. No resulta casual que uno de los textos publicados perteneciera al historiador cordobés Francisco J. Silva, el ya mencionado libro sobre Bolívar en el que se proponía "revisión de la historia argentina" (Silva, 1916). Desde allí promovió los libros de otro historiador que se sumaba a esa causa, el mexicano Carlos Pereyra. El primero de ellos fue *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay (1919)*. Otro fue el referido a El pensamiento político de Alberdi de 1919 en el que analizaba "La historia-negocio y la crítica destierro". Retomaba la cita de Alberdi de los escritos póstumos:

Mitre presidente de una república, dice Alberdi, no puede ser al mismo tiempo historiador filósofo, "pues el presidente no tiene ni puede tener la libertad del filósofo". Mitre no puede escribir sino cierto género de historia: "la historia para gobernar, la historia oficial, la historia según la voluntad general, según la opinión de los gobernados, es decir, de los que no estudian, y no según la propia opinión" (Pereyra, 1919: 269).

Pereyra en nota al pie señalaba que "no cito la frase textual por ser toda ella un solecismo". La fuente citada era la edición de Garnier⁵ de 1912 de *Grandes y pequeños hombres del Plata*.⁶

Por la misma época aplicaba esos conceptos en su obra *Rosas y Thiers*, afirmando:

5 La Casa Editorial Garnier Hermanos venía publicando la Biblioteca de Grandes Autores Americanos, en la que incluyó, además, a Rufino Blanco Fombona, Julio Herrera y Reissig, Juan Montalvo, Enrique Larreta, entre otros. Los trabajos de esta editorial en la edición de libros en español para América Latina se remontaba a fines del siglo XIX (Fernández, 1999).

6 Por lo que hemos podido ver, ese título fue puesto por los editores franceses para esa edición, sin respetar la denominación anterior y reuniendo en un solo volumen dos obras autónomas. Así reunida y bajo esas condiciones puede considerarse la obra más reeditada de Alberdi, junto a Las Bases. Con ese título salió reeditada por Fernández Blanco (1962), Plus Ultra (1971, 1991), Docencia (2008), Lancelot (2009) y Punto de Encuentro (2012).

A Rosas no se le ha historiado; se le ha novelado. Y se le ha novelado en folletín. Después de medio siglo de terminado su gobierno, todavía se le juzga como el día siguiente de la batalla de Caseros. Para los tiranos de América no hay historia” (Pereyra, 1919: 1).

La Nueva Escuela Histórica y el proceso de “revisión”

El concepto de “revisión total de nuestro pasado histórico” era introducido por esa misma época por Rómulo Carbia.⁷ Proponía “conocer el pasado tal cual fue”, colocar a “cada suceso dentro de la ‘serie histórica’” y otorgar a “cada hombre el justo valor que le es propio”. La “historia conocida” reclamaba el “análisis”. Los intereses de familia y el relato épico contaminaban esa narración, por lo que la historia nacional “debía ser reconstruida de nuevo” (Carbia, 1918: 69-70). Insistía:

Los hombres que en la actualidad trabajan en la revisión del pasado histórico argentino, anhelan conocerlo con la más escrupulosa exactitud que permita la falibilidad de la condición humana, por las mismas razones en la que finca el carácter de la tarea arqueológica recientemente recordada (Carbia, 1918: 70).

Tiempo después, en un comentario de la obra de Levene titulada *Ensayo sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, Carbia ponía en cuestión la historiografía previa y vinculaba la labor de la Nueva Escuela Histórica y la revisión del pasado nacional

Y hubo hasta quien, encasillándose en el principio tradicional, quiso hacer armas contra la *nueva escuela*, fundado en que “nuestros grandes historiadores son intangibles”. Ellos, según el sentir de cuantos tal aseveración proclamaron, lo habían hecho todo y definitivamente, debiendo admitirse como verdad evangélica el contenido total de sus obras. Como cae de suyo, semejante actitud no pasó de ser un exceso de represalia, que el tiempo fácilmente esfumó, dejando ver en el confín remoto la verdad innegable de que la historia del país dista mucho de estar escrita y de que, cuando menos, es digna de respeto la labor de los que se niegan a aceptar, sin examen, las conclusiones de aquellos otros a quienes proclamó *maestros* la incompetencia de un medio novelero y facilísimo al ditirambo. Poco a poco se fue advirtiendo que la *nueva escuela*, quienes la componen, conduciéndolos a

⁷ Parecidos juicios vertía Luis Varela, desde el estudio de la evolución constitucional argentina, aunque sin usar la palabra revisión (Chiaramonte, 2012:150-152).

ratos hasta explotar en la crítica lapidaria y sangrienta, era la verificación reiterada del absurdo en la historiografía precedente. Y tal ocurría en efecto. Hombres hechos a la investigación, los historiógrafos de la *nueva escuela* habían sometido a prueba de resistencia la mayor parte de las obras clásicas de nuestra literatura histórica, llegando a la evidencia de sus falacias y de lo antojadizo, cuando no intencionado, de sus afirmaciones. En ese hecho descansa, pues, todo su programa de revisión de la historia nacional, hoy en auge, y en él se halla, asimismo, la razón que explica la actitud de los desplantes (Carbia, 1922).

En su *Historia Crítica de la Historiografía Argentina de 1925*, seguía propugnando una “meticulosa revisión de valores” en cuanto a las obras de “los dioses mayores de la historiografía nacional”. A este respecto cuestionaba una

...deleznable reconstrucción del pasado nacional, en la que el prejuicio y la leyenda aparecían exornados con galas eruditas y como definitivamente estabilizados por obra de una que podríamos llamar aparente arquitectura de pirámide. Así, por el vehículo de esa historiografía –hija regularmente de la improvisación juvenil o del afán de notoriedad literaria- se han ido esparciendo juicios equivocados y modos de ver erróneos acerca de lo que fue nuestro pretérito, desde la Conquista hasta Caseros (Carbia, 1925, 12).

Si bien la reacción se centraba en la “interpretación sociológica”, tratada como “historiografía superficial y efímera” teñida de “toda clase de liviandades para conquistar el aplauso” el juicio envolvía el conjunto de la obra heredada (Carbia, 1925). Sin embargo, en el tratamiento particular de la historiografía erudita (en la que filiaba a la Nueva Escuela) y en particular en la producción de Mitre, Carbia no realizaba calificaciones. En ese tramo señalaba que la diferencia debía verse en la valoración de las fuentes, el ejercicio de la crítica y en el concepto serial. Los señalamientos a Mitre fueron su embanderamiento “con el culto al héroe”, el hecho de no tener idea clara del “proceso histórico” y el no haber sacado todo el provecho al aparato erudito que había utilizado (Carbia, 1925, 70).

Los años treinta

En la huella de Alberdi, el concepto de historia oficial fue difundido en los años treinta por el crítico literario socialista Ramón Doll, previo a su paso al nacionalismo.

Al cumplirse el cincuentenario de la muerte del tucumano, en un capítulo titulado “Alberdi, el impolítico” del libro *Liberalismo en la literatura y la política* de 1934 hizo uso de ese término para referirse a la narración histórica establecida, citando el libro de Alberdi publicado por Garnier en 1912.

Hablaba de los “señorones propietarios de la historia oficial y de la sabiduría política en la Argentina, léase Mitre, Alsina y Cía” (Doll, 1934: 14). Para mostrar sus contradicciones tomaba el ejemplo de lo dicho por “nuestra historia oficial de la década de la organización, 1852-1862, escrita para asegurar la inmortalidad de mediocres como Mitre, coloca en el panteón argentino cuatro nombres juntos y a los cuatro les adjudica el título de ‘organizadores’ de la Nación. Ellos son: Mitre, Sarmiento, Urquiza y Alberdi”, para luego señalar los enfrentamientos entre ellos con la división de Buenos Aires y la Confederación y las polémicas intelectuales subsiguientes. Doll calificaba a esa historia de “oligárquica, nepótica” y “ridículamente impopular debido a esa manera idiota con que ingresan a ella todos los que como Mitre han tenido un diario, una senaduría, un cargo público desde donde ha evitado el olvido justiciero sobre sus figuras sin garra y sin envergadura” (Doll, 1934: 15). Señalaba que las “oligarquías que gobernaron hasta 1916...cuidaron escrupulosamente la historia que les convenía. Cuidaron que los suyos fueran siempre los liberales, los civilizadores y los otros, los retrógrados; cuidaron la iconografía, Rivadavia tiene ojos de soñador, pero a Quiroga le colocan un par de ojos de asesino” (Doll, 1934: 15). Denunciaba que “la casta oligárquica que dispone de la historia argentina como de una empresa de publicidad más” no fuera enfrentada y desmontada por el radicalismo, atribuyendo a ese movimiento político falta de sentido histórico. Doll utilizó la categoría “recomponer” en lugar de “revisión”, pero el sentido era el mismo. Sugería, para quien se orientara a “recomponer la historia argentina”, sacar todos los aditamentos de “paladines de la democracia”, “civilizadores” a los próceres que fueron adjudicados por “‘La Nación’ y los ‘Manuales de Historia’ ordenados en los ministerios de Instrucción Pública, que ellos mismos ocupaban” (Doll, 1934: 16).

De ese modo asociaba la “historia oficial” al proceso histórico del siglo XIX y arremetía contra Mitre como responsable de esa imposición. La crítica a su figura no se limitaba al campo historiográfico. Decía:

Despojados Mitre, por ejemplo, de sus títulos de liberal, demócrata y civilizador y sometido a una prueba rigurosa de recomposición histórica, en su presidencia, se llega a esta asombrosa y desopilante constatación: que su Presidencia fue una verdadera dictadura militar ensangrentada por sus fieles lugartenientes uruguayos (Sandez, Arredondo, Flores, Rivera), enviados al interior para pacificar y someterlas al liberalismo y a la civilización (Doll, 1934: 16).

En otro tramo de su texto, Doll redoblaba la caracterización, diciendo:

Los círculos porteños, la élite, de la que Mitre empezaba a ser su más odiosa expresión, por petulante y por esa frialdad de alma que en *La Nación* se llamaba serenidad y equilibrio moral, la futura oligarquía porteña...(Doll, 1934: 17).⁸

En su obra, se detenía en el elogio del libro de los hermanos Irazusta, *Argentina y el imperialismo británico*. Tras reconstruir las partes del mismo, subrayaba la importancia de la última de ellas, señalando que “esta sección del libro, por sí sola, puede constituir todo un nuevo programa de historia y una norma de acción política para lo futuro” (Doll, 1934: 46). Realizaba una observación al tratamiento que habían dado a Mitre. Señalaba tajante:

Mitre no merece ninguna reserva y debe figurar al lado de los más típicos oligarcas, con sucesión dinástica y todo, en *La Nación* y en las bancas del Congreso. El espíritu extranjerista, para mayor ignominia de la casta, tiene su epónimo en una ley ferroviaria que lleva el nombre de los Mitre y que, naturalmente, es un escarnio para nuestra dignidad. Mire es una figura de compadrito porteño en los debates sobre el acuerdo de San Nicolás y frente a Urquiza es toda la desorbitación desbocada de la oligarquía, que volvía del exilio con más odio, con más asco hacia el país (Doll, 1934: 48).

Cabe consignar que por esa misma época y siguiendo la misma fuente, en un texto publicado en *Soviet* que llevaba por título “Alberdi”, Rodolfo Ghioldi hablaba de “la espesa red de falsificación que aprisiona a la historia argentina” (Cattaruzza, 2003: 149). La presentación de Alberdi, no era favorable. Unido a su papel como consecuente defensor del capital extranjero, lo señalaba como la figura que la “reacción y el socialfascismo adelantan en la cruzada antimarxista” (Cattaruzza, 2001: 438).

⁸ Desde hacía tiempo Doll venía desarrollando una aproximación crítica a Mitre (Doll, 1929: 21).

Tonos similares hacía sonar Taborda desde Córdoba en su “Meditación de Barranca Yaco” de principios de 1935. Allí señalaba que Facundo, “la expresión más alta de la vida comunal”, seguía concitando “las diatribas de la sabiduría oficial, la estimativa burguesa y positivista, que desde hace más de un siglo se empeña en deformar nuestra mente, en las escuelas y en las universidades” (Taborda, 2011:12). En el tramo final del texto el autor recuperaba la idea de falsificación. Esa noción era aplicada a todos los planos de la existencia nacional (política, ciencia, arte, pensamiento, hábitos, costumbres, trabajo, economía, sistema institucional) bajo la noción de “vida falsificada” (Taborda, 2011: 13-14). En la misma entrega de la revista en la que estaba contenida la “Meditación...” el editor realizó unas notas críticas sobre el proyecto de la *Historia de la Nación Argentina* y su promotor (Taborda, 2011: 15).

Justo Díaz de Vivar, un historiador correntino, en su trabajo *Las luchas por el federalismo*, de noviembre de 1935, denunciaba la “historia oficiosa”, caracterizada por “preconceptos, las opiniones cristalizadas, la repetición rutinaria de lo recibido del magister [que] forman un tupido y enmarañado bosque que oculta la verdad” (Díaz de Vivar, 1936: 6).

El autor señalaba que el “‘caos’ del año XX” era el

nombre oficial en la historia argentina hasta ahora corriente de los hechos que tuvieron lugar en Buenos Aires cuando Pancho Ramírez obligó a su Cabildo a que se “provincializara”, exigiendo el 2 de febrero de 1820 tratar solo ‘con el gobierno de la provincia de Buenos Aires’” (Díaz de Vivar, 1936: 88).

Ello obedecía al hecho de que “para todos los historiadores oficiales, desde los grandes bonetes hasta los que lo son para el comercio de los Colegios, Buenos Aires es el país, y su historia municipal la de la República Argentina” (102). El autor llamaba “pontífice” a Vicente F. López (149, 249) y decía que “no escribió su ‘Historia’ para decir la verdad sino para satisfacer sus pasiones y tratar de envenenar a las futuras generaciones con sus sofismas, sus ocultaciones y sus mentiras” (250). Calificaba a Sarmiento de “meduloso y mentiroso” (164).

Joaquín Díaz de Vivar, hijo de Justo, poco después, profundizó las perspectivas de su padre, hablando de manera categórica de “Historia oficial y realidad histórica” en su libro *Ideas para una biología de la democracia*. Afirmaba allí:

La historia del País Argentino aún no ha sido escrita; la que corre como oficial u oficiosa, no es sino un alegato, realizado por hombres que fueron actores del drama, antes de convertirse en autores de su historia. Y es así que el juicio por ellos emitido se resiente por la pasión que rezuman sus plumas, esgrimidas como ardientes espadas flamígeras, con las que intentan impedir el advenimiento, al sitio de honor, de sus adversarios del pasado, por justo que ello fuera. Tal la ardiente diatriba de López –“pontifex maximus”- de Mitre, de Varela y tantos otros (Díaz de Vivar (h), 1937: 323).

El autor asoció la escritura de la historia al afianzamiento político de Mitre posterior a Pavón. En ese contexto “se fabricó una historia oficial, con ángeles celestres y demonios terribles; romántica, anticientífica, unilateral y falsa” (324). Su objetivo: “alimentar el espíritu adocenado de los normalistas y la que a su turno formaría la intelección de las generaciones argentinas del futuro” (324).

Hasta este momento, la figura de Levene no resultaba vinculada a la “historia oficial”. La crítica estaba orientada a Mitre. Como ha sido señalado, en un texto de Irazusta del año 1934 sobre la crisis del año XX “nada hay aquí de denuncia hacia una ‘historia falsificada’” (Devoto y Pagano, 2009: 226).⁹ Por esa misma época, en autores que se encaminaban en la misma dirección, podían aparecer citas o comentarios de reconocimiento hacia su figura.¹⁰

¿Cómo se produjo la introducción de las categorías en el lenguaje de los tempranos revisionistas? Como sabemos, a partir del comentario elogioso de Doll, la relación con los Irazusta se estrechó en un vínculo de proximidad y amistad, que incluyó también a Ernesto Palacio. En los años 35-36 resultaron frecuentes los encuentros de varios días de esa cofradía en “Las Casuarinas”, la estancia residencial de los Irazusta en Gualeguaychú. Ello permite explicar que, varios de los elementos de la caracterización

⁹ En ese texto decía Irazusta: “El estudio sobre La Anarquía de 1820 en Buenos Aires, que publicó el profesor Ricardo Levene en 1933, no es la historia que se esperaba. Más que una objeción, ese aserto trata de dar al excelente libro citado el lugar que le corresponde en la historia del asunto. Dentro de los fines que se propuso su autor, la obra ha sido ejecutada con una maestría que comentaron suficientemente los profesionales de la historia, cuyos juicios se recogen en un apéndice al final del volumen. El doctor Levene se aplica a esclarecer todavía más el aspecto más estudiado –más estudiado que los otros- el aspecto institucional del fenómeno de 1820. Completa, perfecciona los trabajos realizados por el doctor Ravignani y otros estudiosos. Como no podía ser menos de ser, aprovecha las conquistas de información y criterio de sus predecesores, agregando otras de su cosecha...”.

¹⁰ Citaba José María Rosa: “Pueblo que no sabe su historia –ha dicho Ricardo Levene- no sabe dónde va, porque ignora de dónde viene” (1936: 17).

realizada por Doll fueran utilizados, tiempo después, en el lanzamiento de la institución que nucleó a los revisionistas, aunque con ciertos desplazamientos.

Así, en una nota publicada por *Crisol* a fines de abril de 1938, Alberto Contreras anunciaba que un grupo de personas estaba preparando las bases para una edición documental sobre Rosas. Por otra parte, el propósito, según el autor, era confrontarla con la que podían producir los “historiadores oficiales”:

La historia nacional que se está escribiendo en estos momentos, al llegar a la época que sigue a Rosas, hará un alto: no hay quien se atreva, en la flamante Academia, a negar a los Urquiza, y los Mitre, más a éste que a aquél, y como nadie quiere ser el de la palinodia, entonces se detiene y suprimen el examen de las consecuencias de la caída de Rosas. Por supuesto que quienes razonan así están en libertad de acción para descargar todo su resentimiento sobre la figura prócer. Escribirán, acaso, una historia panfletaria, que ha de comenzar con la justificación oligárquica de algunos, terminando con uno de esos capítulos ralos que sólo sabe escribir D. Ricardo Levene...(Contreras, 1939: 155).

Señalaba luego que “la juventud que busca las bases de nuestro nacionalismo, no se ha de conformar, con la tradición histórica oficialista”. De ahí derivaba la necesidad de la “revisión de Rosas” (Contreras, 1939: 155). De ese modo comenzaba a deslizarse una crítica a la figura del promotor de las acciones de la Academia Nacional de la Historia, Ricardo Levene.

Poco después, e hilvanando los hechos con la anterior iniciativa, la Declaración de Principios del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, firmada el 8 de agosto de 1938, se refería a la “Historia oficial argentina” asociándola al

fallo condenatorio dictado por los vencedores, contra toda la época en que actuó y gobernó el Brigadier Don Juan Manuel de Rosas, bajo el pretexto de que juicio estaba definitivamente sustanciado y concluido. Por varios motivos se impuso a las generaciones posteriores la obligación de considerar irreversible aquel fallo (IIHJMR: 1938: 5).

Tras cartón, denunciaban lo que vivían como mayor imposición:

Mas el tiempo transcurrido y la circunstancia de que el derecho a la revisión se niega con más tenacidad que nunca, nos ha llevado a pensar si no hay

en esa obcecación algo más grave que un mero recurso utilitario de oportunismo o simple pasión atávica (IIJMR: 1939:5).

Poco después, al publicarse el primer número de la Revista de esa institución, Ernesto Palacio publicaba un artículo bajo el título “La historia oficial y la historia”. Tras señalar el aburrimiento que causaba entre los jóvenes los contenidos de la historia enseñada, la falta de eficacia de los argumentos heredados y la desconexión con los problemas urgentes de su actualidad, consignaba:

Historia convencional, escrita para servir propósitos políticos ya perimidos, huele a cosa muerta para la inteligencia de las nuevas generaciones. El trabajo de restauración de la verdad, proseguido con entusiasmo por un grupo cada vez mayor de estudiosos, no ha llegado a conmover la versión oficial, que pronto se solemnizará en una veintena de volúmenes bajo la dirección del doctor Ricardo Levene. Será sin duda un monumento; pero un monumento sepulcral que encerrará un cadáver (RIIHJMR 1, 1939: 8).

Palacio señalaba que no iba a entrar a “considerar las causas que dieron origen a lo que llamo la versión oficial de nuestra historia”. Sin embargo, afirmó que

...dicha versión no se ha independizado, que sigue siendo tributaria de la escrita por los vencedores de Caseros, en una época en que se creía que el mundo marchaba, sin perturbaciones, hacia la felicidad universal bajo la égida del liberalismo y en que no se sospechaban los conflictos que acarrearía la revolución industrial, ni la expansión del capitalismo, ni la lucha de clases, ni el fascismo, ni el comunismo (RIIHJMR, 1939: 9).

Palacio continuaba con su argumento, sin detenerse en la reconstrucción sobre el origen y la genealogía de esa historiografía, para volcarse y concentrar la crítica en el presente: “Impuesta por Mitre y por López, tiene ahora por paladín al arriba citado doctor Levene, lo que, en mi entender, es altamente significativo” (RIIJMR, 1939: 9).

De ese modo, contextualizaba el nacimiento y desarrollo de esa producción, otorgándole cierta razonabilidad y legitimidad para su época, pero se la retaceaba para los tiempos que corrían. A la vez, descalificaba la figura de quien era el legatario de esa tradición.¹¹

¹¹ El énfasis, en la crítica hacia la figura de Levene fue subrayado en la historiografía académica, oportunamente, por Cattaruzza (2003: 156), Mutsuki (2004: 104) y Devoto (2009: 239 y 247).

En esa misma entrega, Ramón Doll, difusor de las categorías alberdianas, utilizaba la idea de Historia oficial en su intervención titulada “Bajo qué signos nace una sociedad investigadora”. Tras realizar un paralelismo entre el bloqueo de 1838 y la realidad actual decía:

El espectáculo de la Nación amenazada por el enemigo de hoy, hizo volver las cabezas hacia el pasado en busca del ejemplo inspirador; el temor, la patriótica indignación, la santa ira provocada por los que quieren destruirnos siempre, nos devolvió a la Historia Nacional, a la verdadera, a la que refiere cuáles fueron nuestras dignidades; no a la otra, a la Historia oficial, que sólo habla de nuestras humillaciones y nuestros baldones (Doll, 1939: 47).

La “historia oficial” era asociada ahora a la “cháchara insulza (sic) de académicos papeleros que se reúnen para contar chismes de alcoba de los personajes y sus queridas”, un “mero regodeo estético de intelectuales” o “una ilustración coloreada de propaganda doctrinaria para...cohonestar la democracia” (Doll, 1939: 47).

En ese mismo texto, Doll interpretaba que la celebración del cincuentenario del fallecimiento de Sarmiento, “un plan de aturdimiento y de estrépito alrededor de la figura de quien había sido más traidor”, se realizaba para acallar las voces o impulsos de revisión. Insistía: “Y se hizo ruido, mucho ruido con el nombre del que en esos momentos o después renegó de la ciudadanía argentina en Chile, es decir se hizo ruido con el epónimo de la traición” (Doll, 1939: 49). Recordemos que el presidente de la Comisión de Homenaje no era otro que Ricardo Levene.

En el mes de junio de ese año, Palacio publicaba la obra *La historia falsificada*, con un extenso prólogo del director de la Colección, su amigo el P. Leonardo Castellani.¹² El texto ya comentado sobre “La historia oficial y la historia” era antecedido de dos capítulos titulados “Necesidad de una Historia Nacional” y “Los orígenes y el destino”. En el primero de ellos abogaba por un proceso de revisión y modificación de los contenidos de la enseñanza en materia histórica. Ante ello, volvía a denunciar, que “domina en nuestro país la falsa idea de una historia dogmática y absoluta, cuyas conclusiones deben acatarse como cosa juzgada, so pena de

¹² Chiaramonte señaló que “en la Argentina el uso más antiguo que registramos –aunque no es de descartar que haya habido casos anteriores– es el de un texto de Ernesto Palacio que integra su libro *La Historia falsificada* (Buenos Aires, Difusión, 1939)”. Luego de esa determinación filió el concepto al uso que le habían dado Belloc y Chesterton y cierta producción vinculada a la Acción Francesa (2014).

incurrir en delito de lesa patriotismo” (Palacio, 1939: 46). Reconocía que la “historia heredada contiene, por cierto, elementos indestructibles y satisface nuestro orgullo”, aunque volviendo al presente, señalaba “pero no nos sirve en la medida que sirvió a nuestros padres y nuestros abuelos”, y reclamaba que “no nos explica la vida presente; no nos da normas para la vida actual” (Palacio, 1939: 48). Al final, clamaba: “necesitamos con urgencia una historia argentina escrita libremente, con visión actual” (Palacio, 1939: 49). En el segundo capítulo abogaba por la recuperación del pasado hispánico, como basamento de la identidad histórica nacional, haciendo caso omiso de los avances en esta materia incluidos en los manuales escolares desde los tiempos del Centenario.

A continuación del texto ya difundido, en el último material de esta serie, se incluía el que daba nombre al libro: “La historia falsificada”. Allí Palacio insistía en la necesidad de incluir los orígenes hispánicos en la enseñanza, principalmente en la primaria, teniendo en cuenta las características asumidas por la sociedad argentina a partir de la inmigración (Palacio, 1939: 75-80).

Poco tiempo después, Palacio disertó en la sala de conferencias del Instituto Juan Manuel de Rosas. El título de su intervención versaba sobre “Una nueva escuela histórica”. En la ocasión, sobre el final de su exposición, incluyó una referencia que viene al caso:

En el día de ayer me encontré con el Dr. Levene; conversé con él –y no lo digo para jactarme de mis amistades “gloriosas”, sino porque es verdad. El Dr. Levene se me quejó, en un tono quejumbroso, de un ataque que le hice en la revista del Instituto “que no teníamos que pelearnos por el pasado”. La única solución para que no hubiera pelea –le dije- es que se callaran totalmente. Me replicó que había que pensar en el futuro. (Esta conversación la digo porque estamos en tono de conversación amistosa). Me dijo que dejáramos del pasado como estaba, y que el futuro era el campo de acción que corresponde a la juventud, pero no se daba cuenta – es decir, si se daba cuenta- de la malicia del régimen de tener el monopolio del pasado, que significa el monopolio del pasado y hasta del futuro, y la malicia de este régimen que trata de apabullarnos con la gloria de Sarmiento, de Mitre y de Urquiza, para salvar el futuro de ellos y le dije: “Dr. Levene, le ganaremos el pasado para tener nosotros nuestro futuro, porque el monopolio del pasado en manos de Uds., ha dado por resultado nuestro presente, Y NO QUEREMOS QUE NUESTRO FUTURO SEA COMO NUESTRO PRESENTE” (Palacio, 1939 b: 15-16).

Scalabrini Ortiz, de orígenes comunes con Palacio en la vanguardia literaria en los años '20 y en ese momento mentor intelectual de FORJA, señalaba:

[En relación a la enfiteusis de Rivadavia] Hasta el mismo Levene, tan adicto intérprete de los deseos ingleses que a la historia se refieren, se ve conminado a decir en sus libros elementales que “Para garantir el pago de los intereses y amortización de este empréstito se afectó la tierra publica...” (Scalabrini Ortiz, 1939:19)

Los revisionistas albergaban un juicio diferente sobre otros miembros de la Nueva Escuela Histórica. En la conferencia dictada por Palacio en el instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas del año 1938 que hemos citado con anterioridad, se refería a las figuras de Emilio Ravignani y Diego Luis Molinari, reconociéndoles aportes al conocimiento de la época de Rosas. Sin embargo, decía Palacio, su tarea había sido limitada en relación a los fines y propósitos que perseguían los revisionistas. Para el autor nacionalista estos hombres de la Nueva Escuela Histórica se habían concentrado en recuperar la época de Rosas como mero antecedente del proceso constitucional. Con ello quería remarcar que no habían reparado en un aspecto fundamental, como lo haría Julio Irazusta a partir de su ensayo de 1935: la figura de Rosas como estadista (Irazusta, 1935).

Irazusta leyó la *Historia Constitucional* de Ravignani. Tras la publicación del libro *La Argentina y el imperialismo británico*, Ravignani envió a los autores una carta elogiosa (Irazusta, 1974: 213). En su condición de militante radical, Julio Irazusta trabó relación con él, correligionario de causa (Cattaruzza, 1993: 120). Como consignara luego, Irazusta anotó detalladamente las obras del director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires sobre la Liga Litoral y sus Asambleas Constituyentes. En reiteradas oportunidades brindó reconocimiento a los aportes del autor para el conocimiento del pasado nacional y en particular para la época de Rosas.¹³

¹³ Irazusta llamaba a Ravignani “maestro” y ponderaba su obra así como la de sus discípulos Barba y Puentes. Subrayaba que coincidía en el establecimiento de los hechos, sin acordar necesariamente en las interpretaciones (1955, 12). A Levene lo había citado ya en su trabajo de 1935 y en 1955 le reconocía sus aportes sobre la anarquía del año 20 y la iniciación en la vida pública de Rosas (1955,12). En la década del '70 seguía repitiendo que era deudor de Levene por sus contribuciones documentales en relación al comienzo de la vida política de Rosas y continuaba elogiando a Ravignani a quien consideraba el mejor de ese grupo (Irazusta, 1974: 242).

A partir de ese momento resultará frecuente la referencia a la “historia oficial” en artículos¹⁴ y libros de autores revisionistas, tanto “tradicionales”¹⁵, “nacionalistas populares”¹⁶ como de la “izquierda nacional”.¹⁷

Literatura sarcástica

En 1942, en su libro *El nuevo gobierno de Sancho*, el sacerdote jesuita de orientación nacionalista, Leonardo Castellani, arremetió contra Levene dedicándole un capítulo en exclusiva. El mismo llevaba por título: “El taita oficial de la historia” (Castellani, 1942, 131). En la ilustración que lo antecede podemos distinguir a Levene enseñando a Sancho mediante un libro que llevaba la leyenda “Historia Oficial”. El relato comenzaba con un pedido de audiencia al gobernante por parte de “El Taita Magno de la Historia Patria”. Se acercaba allí para brindar a Sancho “los conocimientos ‘analíticos y faústicos’ de los fastos y anales del pasado indispensables a un gobernante”, ya que hasta ese momento lo había hecho “a puro ojo de buen cubero y golpe de buen sentido”. Debía “compenetrarse del todo con la tradición liberal que constituye la médula de la vida institucional desta excelsa ínsula” (Castellani, 1942, 132). La lección comenzó con la muestra de un gran cartelón y el visitante diciendo: “Este es el más grande hombre civil de la tierra de los insulanos”. A fuerza de repetición aprendió la frase, para luego preguntar sobre su obra. Respondió el enseñante: “Implantó las instituciones democráticas, cruzó con carneros del Yorkshire a los carneros insulanos, fundó la Sociedad de Beneficencia y reformó el clero”. Luego desfilaron Moreno y Sarmiento.

14 Solo para ofrecer algunos ejemplos inmediatos: La historia instrumento político de Font Ezcurra (RIIHJMR, 2-3, 1939: 124); Las falsedades históricas del General Justo de Carlos Steffens Soler (RIIHJMR 2-3, 1939: 135); El nacionalismo de Rozas de Laferrere (RIIHJMR, 4, 1939: 16).

15 En el texto “La reconquista” incluido en *Hacia la liberación*, Doll vinculó la “historia oficial” a la política británica (1939: 47).

16 En su texto *Política nacional y revisionismo histórico*, Jauretche utilizó predominantemente la categoría acuñada por Palacio, “historia falsificada”. En reiteradas oportunidades usó el término “historia oficial” como sinónimo del anterior (1959: 41, 43, 48).

17 Juan J. Hernández Arregui, en *La formación de la conciencia nacional de 1960*, señalaba que la “obra maestra de la oligarquía, a fin de justificar esta política, ha sido su historia oficial” (1960: 61). Por su parte, Jorge Abelardo Ramos, tras publicar en la Colección *La Siringa*, una selección de textos de *La historia falsificada* de Palacio en 1960, incorporó en la segunda edición de *Revolución y Contrarrevolución* la idea de “historia oficial” (1961: 42).

Entre párrafos puede leerse como elemento positivo de las acciones del “Taita” el hecho de haber “acabado de un golpe con ese perdedero de tiempo” de las “puras discusiones” de la Historia. Irónicamente anotó: “antes Ud. Quería saber algo del pasado, se mataba investigando. Ahora todo está fijado por decreto y texto único” (Castellani, 1942: 135).

En otro pasaje vinculó la decisión del gobernante con la organización de una historia acorde con la misma: “después llama al Taita Magno que se encarga de buscar los documentos antiguos con los cuales interpretados compone a costa del Gobierno una Historia de 14 tomos donde infaliblemente sale que el inventor de la pólvora fue el que usted quiso primero que fuese” (Castellani, 1942, 135). Al señalar Sancho que eso debía costar mucho dinero, su colaborador lo reafirmó diciendo que “cuesta indudablemente”, pero que con una suma de 30.000 sostiene todo “el tinglado en pie” con “Academias, Sociedades Científicas, Publicaciones, Editoriales, Imprentas Oficiales y etcéteras”. Ello garantizaba “la unidad nacional de todas las mentes diciendo lo mismo” y la “calma de la conciencia cívica”, pase lo que pase “arriba en el gobierno” (Castellani, 1942, 135).

El encuentro terminaba con un pedido de constatación sobre la Biblia, para determinar si era católica o protestante. Resultados del cónclave de “historiógrafos, historiófilos e historiórragos” y tras realizar consultas varias, el dictamen del historiador contrarió el parecer de Sancho quien le propinó un garrotazo. Luego de señalarle los elementos básicos por lo cuáles podía determinarse que era una Biblia católica (imagen de la Virgen, por ejemplo), Sancho decretó la supresión del “cargo de Director Oficial de la Historia Patria”. Su determinación no se detenía allí, ya que por el mismo acto suprimía “todas las Academias de la Historia a sueldo del Gobierno”, destinándose el dinero a hospitales para pobres y publicación de libros de doctrina cristiana. La medida iba acompañado de la rebaja de escalafón del funcionario, “nombrándolo Redactor Jefe de Discursos Patrióticos para Maestras Normales” (Castellani 138).

Esta sátira política de Castellani comenzó a circular en marzo de 1942.

El Padre Guillermo Furlong, otro jesuita, miembro de la Academia Nacional de la Historia, en carta dirigida a Levene, le pidió disculpas por las referencias realizadas por Castellani (Randle, 2015: 591).

Reacciones de Levene

Las críticas a Levene respondían a su firme ubicación y actuación de en el contexto del gobierno conservador de los años treinta (Cornejo,1957; Heras,1961; Acha, 2006, Escudero,2010). En ese momento, su obra *Lec-ciones de historia argentina* había llegado a su decimonovena edición y constituía el material hegemónico en la transmisión de la historia escolar en el nivel secundario (Levene, 1913). Desde 1915 integraba la Junta de Historia y Numismática Americana, habiéndola presidido entre 1927 y 1931. Volvió a dirigirla a partir de 1934 (Buchbinder, 2023). Revistaba como profesor en las universidades de Buenos Aires y La Plata, en cátedras que había obtenido entre los años 1910 y 1915. Se lo asociaba al movimiento renovador de la historia de carácter erudito, la llamada por Juan A. García “Nueva Escuela Histórica”, que orbitaba en torno al Instituto de Historia Argentina y Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Otros elementos de juicio pueden vincularse a las actuaciones institucionales de Levene por ese tiempo, en los que desarrolló múltiples iniciativas en el campo de la historia. Fue presidente de la Comisión de Cultura en la Provincia de Buenos Aires, entre los años 1934 y 1935 (Cornejo, 1957: 114). Había organizado y presidido el segundo Congreso Internacional de Historia Americana, cuyas tareas, conclusiones y trabajos editó en seis volúmenes (Rodríguez, 2021). Bajo la gestión del gobernador Manuel Fresco le fue encargada el diseño y desarrollo de la *Historia de la Provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*. Otro hito fundamental, dentro de ese mismo quinquenio, fue la dirección de la conmemoración del cincuentenario de la muerte de Sarmiento, haciendo publicar en cinco volúmenes la documentación de los actos realizados y la contribución de los escritos aportados para esa oportunidad por figuras del ámbito intelectual. Además promovió la creación del Museo del prócer (Levene, 1939). Junto con ello tomó la iniciativa de organizar el Museo del Congreso de 1880. Impulsó la instalación de la Comisión Revisora de textos de Historia y Geografía Americana y Argentina, dispuesta por un tratado con el Brasil, al mismo tiempo que impulsó la biblioteca de autores brasileños, llegando a publicar siete volúmenes con las mejores firmas de ese país vertidas al castellano, impresos y prologados por escritores argentinos. En ese mismo rubro redactó los convenios intelectuales con Chile, firmados también con Uruguay y Paraguay (Levene, 1946: 245-265). Planeó y dirigió la *Historia de la Nación Argentina*, gestionando recursos del Congreso Nacional (Levene,

1936). En 1937, al cumplirse los 75 años del inicio de la Presidencia de Bartolomé Mitre organizó un homenaje a su figura, uniendo a la Junta de Historia y Numismática americana con el Museo Mitre y la Institución del mismo nombre. En la ocasión se hizo presente el Presidente de la Nación, General Agustín P. Justo, a quien agradeció por el apoyo brindado al desarrollo de la *Historia de la Nación Argentina* y a la transformación de la Junta en Academia Nacional de la Historia. Señaló que en el Museo se “profesaba el culto de los grandes hombres, admirándolos y estudiando su deslumbrante aparición y su vida y sus obras”. En su intervención destacó la entronización de un retrato de Mitre realizado por Antonio Alice. Refiriéndose específicamente a Mitre, señalaba:

Mitre se situó en la dirección central de los próceres de la independencia y la organización institucional, y como le dijo un día el citado Gutiérrez: “Usted desciende en línea legítima de Belgrano y Rivadavia, y estoy seguro que aspira a la gloria de realizar los ideales de ambos, después de haber contribuido a su apoteosis”.

Es que el genio de Mitre, desplegado en la extensión del estadista, militar, periodista, bibliófilo, filólogo, poeta, humanista e historiador, vivificó la idea creadora con la acción fecunda.

La grandeza de Mitre es moral sobre todo, procede de su alma...

El genio moral de Mitre es la estrella polar de su existencia, y por eso nunca perdió la brújula en medio de la tempestad o la confusión en que se hallaba el país en el momento de su creación

Concibió y vivió la historia argentina en sus valores eternos, la Historia a imagen y semejanza de la Patria (Levene, 1946: 35).

Al transformarse la Junta de Historia y Numismática Americana en Academia Nacional de la Historia, pasó a presidirla. El 27 de enero de 1938 pronunció el discurso de constitución de la misma. Ese mismo día una comisión especial de académicos, integradas por Ramón J. Cárcano, Rómulo Zabala, Emilio Ravignani, Enrique de Gandía y el propio Levene había expresado al Presidente Justo su “profundo reconocimiento por la creación de la Academia” (Levene, 1946: 35). Diseñó y organizó la edición de la obra *Historia de América*. En su desarrollo colaboraron numerosos autores del país y de América. Estaba integrada en catorce tomos y fue publicada por Editorial Jackson (Levene, 1944). Lanzó a la circulación numerosos volúmenes del Archivo histórico de la Provincia de Buenos

Aires, que había contribuido a fundar en 1925 (Bisso, 2009). Logró la reedición facsimilar del *Semanario de Agricultura*, el *Argos* de Buenos Aires, *La Moda*, *El Zonda* y *El Iniciador*. Por último, al final de este período logró la sanción del proyecto de Ley sobre Museos, Monumentos y Lugares Históricos, por la cual se configuró la Comisión ejecutiva que él mismo presidió (Uribarren, 2009).

Esa acumulación de cargos, rentados y honorarios, podrían haberle válido la aplicación del mote que Enrique Loncán adjudicó, por esos mismo años, a Carlos Ibarguren (Presidente de la Academia de Letras, de la Comisión Nacional de Cultura, de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, entre otras posiciones) de “comisionófilo polivalente”. En su descargo, podemos anotar la afinidad temática de las cuestiones abordadas, su tesonera dedicación a esos fines y la unidad en el propósito perseguido.

Más allá de las tendencias que configuraban su personalidad y su destacada actuación y reconocimiento en el espacio público, resulta importante rescatar las posiciones sostenidas por Levene en relación al pasado. Su concepción de integración de los períodos históricos, de alguna manera asociado a las tendencias y visiones de la Nueva Escuela Histórica, en la convicción de la necesidad de afirmar, por diferentes medios, un sentido de la nacionalidad presidían su accionar. Ello lo había llevado a buscar la vinculación del período colonial con el proceso independentista y la progresiva incorporación de la época de Rosas al curriculum y a los textos escolares, en términos más matizados. Ello se hacía sin modificar sustancialmente el juicio sobre otros períodos, como el rivadaviano o el de las llamadas presidencias históricas. Esta perspectiva fue acompañada de un americanismo, común a otras expresiones del liberalismo conservador del momento, que prohijaba el conocimiento y la articulación de contenidos con países de la misma región.

En cuanto a la cuestión específica que venimos tratando podemos notar una evolución. En las intervenciones correspondientes de la Academia del año 1940, Levene no consideró relevante atender a las objeciones revisionistas (1946: 23-30). Por esa época seguía sosteniendo posiciones firmemente arraigadas, en torno a la misión de la historia en la construcción de la sociedad (repetía frases del prólogo de la *Historia de la Nación Argentina* promovida por la Academia Nacional), mientras bregaba por el “afianzamiento de la democracia, la paz y la solidaridad continentales”:

...[la] auténtica cultura histórica, además debe esparcirse socialmente, arrancando el saber de su academicismo y solemnidad. La historia es del pueblo y para el pueblo, y si no, no es nada. Si la historia fuera sólo artificiosa o sibarita erudición con cita de autores, de libros que colman los que atiborran la memoria, sería un cementerio, y aspiramos a que sea vida vuelta a vivir, escuela de los hombres, maestra de la vida, como decían los antiguos. Sobre estos pilares de la investigación intensiva y de la ilustración general, la historia es también una ética o filosofía social. Hay que vivificar el pasado con el sentimiento; es decir, la historia tiene que educar enseñando a respetar lo grande e imitar lo bueno. Entonces el pasado no es un sueño remoto o mito creador por aquella función fabulatriz de que habla el filósofo Bergson. Es realidad de hoy, proyectada por el tiempo anterior. Es la tradición, un sistema convincente e imperativo a la vez, de creencias e ideas que se estructuran densamente, formando el armazón entrañable de una sociedad. La historia la hacen los hombres desde los planos en que están situados (Levene, 1940).

Avanzada la disputa y ante nuevas críticas y ataques, se vio en la necesidad de responder. El 6 de mayo de 1942, en la sesión correspondiente a la apertura de actividades de ese año, Levene se refirió a la crítica de los sectores revisionistas con respecto a la iniciativa de la *Historia de la Nación Argentina*.

Decía en la oportunidad:

Suele decirse por algunos pretendidos revisionistas de la Historia, que esta obra es una Historia Oficial. Tal calificativo, que procede de los tiempos de las crónicas de Castilla y de Indias, en que los textos se publicaban con censura previa, se propone distinguir la Historia de la Nación Argentina, que edita la Academia, de la que aspiran a escribir otros con espíritu polémico, a juzgar por los alegatos fragmentarios que se conocen. No es necesario agregar que los verdaderos historiadores que colaboran en la "Historia de la Nación Argentina" son escritores prestigiosos, con libertad de pensamiento y crítica, animados de la santa y sencilla ansia de verdad, fundamento de los conocimientos históricos, contribuciones que han cimentado el valor de esta obra como historia de investigación principalmente, pero sin prescindir del propósito esencial que es la idea histórica, separando lo necesario y lo fortuito, lo esencial y lo accidental, para comprender el sentido o la dirección del pasado en el presente (Levene, 1946: 21).

La polémica con las corrientes nacionalistas-revisionistas no se restringía a una mirada histórica. Los separaba posiciones con respecto al gobierno

nacional y sus políticas, así como cuestiones de política exterior vinculadas al desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Así, en la presentación de una selección de escritos sobre Mariano Moreno, reafirmaba Levene sus convicciones de solidaridad continental en torno a la democracia:

La selección obedece al concepto crociano de la historicidad, como acto de comprensión de los sucesos estimulado por una necesidad actual, material o moral, de la vida práctica que asigna a la historia eterna el carácter de contemporánea.

Por otra parte, la vuelta a Mayo fue la voz de orden de la generación constituyente para edificar la Nación y concluir con el drama de las divisiones internas; y continúa siendo para las nuevas generaciones la palabra alentadora que sintetiza la unidad y solidaridad de la sociedad argentina y sus ideales de libertad política y de organización democrática (Levene, 1942: 10).

Tras el golpe de 1943, Levene volvió sobre estos tópicos.

En 1944, abordando “Las ideas históricas de Mitre”, y tras señalar que sus divergencias con López eran de orden “técnico y metodológico”, afirmaba la existencia de una “escuela tradicional de historiadores, de comunes ideales políticos fundados en la verdad histórica”. Era “esta tradición” la que seguían los historiadores, que no se dejaban “impresionar por el sensacionalismo que explota ruidosamente cualquier ápice de la historia”. A continuación decía: “Se impone intensificar el saber en las fuentes originales, que es la escuela de trabajo en que se forja la probidad y la autoridad científica del verdadero historiador” (Levene, 1947: 165-166).¹⁸

En la apertura de las sesiones de la Academia Nacional de la Historia del año 1945, en una intervención que tituló “El revisionismo histórico y la significación idealmente contemporánea de nuestros próceres”, decía:

No es la Historia Argentina en todas sus dimensiones la que se ha pretendido poner en revisión, sino tendenciosamente, la política liberal de sus próceres, los hombres representativos de la generación de Mayo y de la época constituyente, pero el cúmulo de pruebas expuestas, ya ha sido concluyente para provocar una altiva reacción en la sensibilidad nacional (Levene, 1946: 42).

¹⁸ Levene promovió una nueva edición de este texto en 1948, publicado por Coni y auspiciado por la Institución Mitre, en la que esas expresiones fueron suprimidas.

Consideraciones finales

Al concluir nuestro recorrido podemos afirmar que la categoría de revisión, historia falsificada e historia oficial tuvieron origen en períodos previos a la crisis de 1930.

Las de historia oficial y falsificación nacieron en la producción crítica de Alberdi sobre la obra de Mitre. Fue Carlos Pereyra quien la receptó y difundió a fines de la década del '10.

Las ideas de revisión de la historia, nacieron al impulso del movimiento desatado por la Nueva Escuela Histórica. Registros de ella aparecieron en el historiador cordobés Silva y en la prosa de Carbia.

La idea de historia oficial e historia falsificada fue recuperada en los años treinta por el crítico socialista Ramón Doll y luego se desplazó, junto con el proceso de conversión del autor, hacia el nacionalismo y el revisionismo con otros significados y acentos.

Las críticas más fuertes de los revisionistas de los años treinta estuvieron orientadas a descalificar a Levene, principal promotor de las empresas de índole histórica vinculadas al Estado en tiempos de la restauración conservadora en la segunda mitad de la década, más que a los padres fundadores de la historia clásica. Sus aportes fueron recogidos hasta mediados de los años treinta. A partir de ese momento, de algún modo, los revisionistas separaron a Levene de la Nueva Escuela Histórica, identificaban la “historia oficial” con su prédica y proyectos y concentraban sobre su figura toda su artillería crítica.

Referencias:

- Alberdi, Juan B. (1899). Escritos Póstumos. Ensayos sobre sociedad, los hombres y las cosas de Sud América. T.X. Buenos Aires: Imprenta Cruz Hermanos.
- Alberdi, Juan B. (1912). Grandes y pequeños hombres del Plata. París: Garnier.
- Alberdi, Juan B. (1962). Grandes y pequeños hombres del Plata. Buenos Aires: Fernández Blanco.
- Alberdi, Juan B. (2007). Grandes y pequeños hombres del Plata. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Bisso, Andrés (2007). El antifascismo argentino. Selección documental y estudio preliminar. Buenos Aires: Cedinci.
- Bisso, Andrés (2009). Ricardo Levene y los estudios históricos en La Plata: El distanciado historiador profesional frente a las cercanías temporales y espaciales. Ciertos cruces no siempre predecibles. El centenario de los estudios históricos en La Plata, septiembre, octubre y noviembre de 2009, La Plata.
- Buchbinder, Pablo. (2012). Los Quesada. Buenos Aires, Edhasa.
- Buchbinder, Pablo. De coleccionistas y numismáticos a historiadores profesionales: notas sobre los orígenes de la Junta de Historia y Numismática Americana. En historiografías. Número 26. Julio-diciembre, 2023.
- Carbia, Rómulo. (1918). "La revisión de nuestro pasado". En Cuadernos novecentistas. Número 5.
- Carbia, Rómulo. (1922). La historiografía de la revolución de mayo y el libro del Dr. Levene. Revista Nosotros N° 152-155.
- Carbia, Rómulo (1940). Historia crítica de la historiografía argentina. Buenos Aires: Coni.
- Carbia, Rómulo (1943). Apunte N° 17 de Introducción a la Historia. Buenos Aires, Centro de Estudiantes.
- Carbia, Rómulo (1944). Historia de la leyenda negra hispanoamericana. Buenos Aires: Huarpes.
- Carbia, Rómulo (1945). La Revolución de Mayo y la Iglesia. Buenos Aires: Huarpes.